



PERO el destino que mora entre las manos de Alah, el que todo lo sabe y penetra, el Creador de las causas y los efectos, quiso que el Califa Harun Al-Rachid aspirase el frescor de la noche en aquella sazón, mirando el paisaje á la luz de la luna por una ventana de su palacio que domina el Tigris. Y como el Califa mirase casualmente en dirección al Palacio de las Maravillas, vió la iluminación que resplandecía en el aire y se reflejaba sobre las aguas. Y sin saber á qué atribuirlos, mandó llamar á su gran visir Giafar Al-Barmaki. Cuando Giafar hubo comparecido á su presencia, gritó el Califa:

—¡Oh, perro, el peor de los visires! ¿Eres mi sirviente y no me cuentas todo lo que acaece en Bagdad, mi capital?

—No acierto á comprender, señor, lo que quieres significar con estas palabras—respondió Giafar.

El Califa siguió diciendo, encolezado:

—Aunque Bagdad cayese en poder del enemigo, esa pérdida no me enojaria más que la audacia insoportable del hombre que se ha atrevido á iluminar mi gran salón, encendiendo arañas y antorchas, y abriendo todas las ventanas. Maldito, de mi Palacio de las Maravillas te hablo, que está brillando en el silencio de la noche sosegada.

Giafar, que al principio se mostró sumamente azorado, pudo decir, reponiéndose un poco:

—¿Pero quién te ha dicho que el Palacio de las Maravillas tiene abiertas las ventanas y encendidas las arañas y antorchas?

—¡Acércate, y mira!—exclamó el Califa.

Allegóse Giafar al Soberano, y miró hacia los jardines, y vió la fantástica iluminación del palacio, que parecía incendiarse, y embebecía los ojos más que la luna llena.

Giafar comprendió que alguna imprudencia del cheique Ibrahim había motivado aquel derroche. Era Giafar hombre bonísimo y de infatigable piedad, y al instante se dió á imaginar una excusa para la acción insensata de Ibrahim, cuyos móviles ignoraba por completo. No tardó Giafar en decir al Califa:

—¡Oh Emir de los Creyentes! El cheique Ibrahim vino á verme la semana pasada y me dijo: «Giafar, señor mío, deseo con vivas ansias celebrar las ceremonias de la circuncisión de mis hijos bajo tus auspicios y durante tu existencia y la del Emir de los Creyentes.» Yo le respondí: «Qué deseas de mí, oh cheique?» Dijome: «Deseo únicamente conseguir por tu influencia el permiso del Califa para celebrar las ceremonias de la circuncisión de mis hijos en la gran sala del Palacio

de las Maravillas.» Respondíle: «Oh cheique, desde ahora puedes ocuparte en los preparativos de esta solemnidad. Si no lo vedare Alah, yo obtendré una audiencia del Califa y le expondré tu deseo.» Y el cheique Ibrahim partió muy gozoso; mas yo, oh Emír de los Creyentes, olvidé darte cuenta de este negocio.

—Giafar—respondió el califa,—no incurriste en una culpa, como antes creyera, sino en dos, y ambas me parecen merecedoras de castigo. He de castigarte en primer lugar porque no me pusiste al corriente de tu conversación con Ibrahim, y en segundo lugar porque no permitiste al pobre cheique el logro completo de sus aspiraciones. Indudablemente cuando el cheique Ibrahim fué á implorar tu favor deseaba que te hicieses cargo de su estrecha situación y le concedieses algún dinero para celebrar rumbosamente la ceremonia. Y tú, no contento con despedirlo sin darle nada, no me advertiste lo ocurrido, con lo cual me impediste que fuera en su auxilio.

—¡Oh emir de los creyentes!—dijo Giafar—negocios más importantes distrajerón mi ánimo.

—Bien—respondió el Califa;—perdónote por esta vez. Más ahora ¡por los méritos de mis padres y mis antepasados! precisa que vayamos á terminar la noche en la morada del cheique Ibrahim. El cheique es hombre virtuoso, de conciencia purísima; y quiérenle infinito los principales cheiques de Bagdad, y visitanle muy á menudo. Me consta que Ibrahim socorre á los necesitados con amor inextinguible y acoge paternalmente á los menesterosos; estoy seguro de que en este instante llenan su casa las gentes malhadadas á quienes alimenta y protege, regocijando á Aláh. Vamos á la casa del cheique; tal vez alguno de aquellos pobres haga por nosotros más de un voto que nos aproveche en este mundo y en el venidero; y acaso nuestra visita sea también de algún provecho para el buen cheique Ibrahim, el cual se regocijará en extremo con todos sus amigos de mi presencia inesperada.

—¡Oh emir de los creyentes!—respondió Giafar.—Ha transcurrido ya la mayor parte de la noche, y los invitados del cheique Ibrahim estarán seguramente despidiéndose de él.

Más el Califa repuso:

—Es absolutamente necesario que vayamos allá.

Giafar se vió obligado á guardar silencio; apoderóse de su alma la perplejidad, y ya no supo á que estratagema acudir.

Levantóse al instante el Califa; Giafar hizo lo propio, y ambos, seguidos de Masrur el portaespada, encamináronse al Palacio de las Maravillas, después de haber tomado la precaución de disfrazarse de mercaderes.

Atravesaron las calles de la ciudad y no tardaron en llegar al Jardín de los Placeres.



AVANZÓ el Califa en primer lugar, y vió que la gran puerta estaba abierta, y dijo á Giafar, maravillado:

—¡Mira! El cheique Ibrahim dejó la puerta abierta; por cierto que no suele incurrir en tales descuidos.

Los tres penetraron en el jardín, avanzaron por unos senderos y llegaron al pie del palacio.

—Oh Giafar—dijo el Califa,—quiero ante todo verles ocultamente y sin ruido. De esta suerte, antes de penetrar en la morada sabré cuales son los invitados del cheique Ibrahim é inferiré de su número y calidad los valiosos presentes que á estas horas agobian al cheique. Todos de-

ben estar sin duda entregados al fervor de las prácticas religiosas, siguiendo atentamente las ceremonias, puestos en orden riguroso, porque no oigo palabra alguna y el instante parece lleno de misterio.

Al pronunciar estas palabras el Califa miró á su alrededor y se fijó en un elevadísimo nogal.

—Oh Giafar—continuó diciendo, —quiero subirme á este árbol; sus ramas se acercan á las ventanas, y desde la copa veré perfectamente lo que pasa en el interior del palacio. Ayúdame á subir.

Subió al árbol el Califa, y no cesó de pasar de una á otra rama hasta alcanzar una muy alta que se enderezaba delante de una ventana. Sentóse entonces y miró sosegadamente.

Y vió á un joven y á una joven, bellos como dos lunas—¡gloria sea dada al que les infundió la vida!—; y el cheique, guardián del palacio, estaba sentado entre los dos, levantando la copa. Y Harún oyó que Ibrahim decía á la joven:



Subió al árbol el Califa...

—Soberana de todas las bellezas, la bebida alcanza su máximo sabor cuando la acompaña la canción. Para decidirte á que nos deleites con tu voz incomparable, voy á cantarte las palabras del poeta. Atiende:

No bebas sin que tu amiga
cante una canción dichosa;
que hasta el bruto cuando bebe
ama el ruido de las hojas.

Y bésala sin cesar,
de su canto en recompensa;
y ocúltala entre tus brazos
y en ellos desaparezca.

Al ver al cheique Ibrahim en semejante postura y al oír esta canción, por cierto nada oportuna en boca de un venerable anciano, el Califa se encolerizó de tal modo que un sudor abundantísimo bañó su frente y cegó sus ojos.

Apresuróse á bajar del árbol, y mirando á Giafar, le dijo:

—¡Oh Giafar! en mi vida he presenciado un espectáculo tan edificante como esta ceremonia piadosísima. Ya los venerables cheiques de la mezquita van á empezar el ritual

sagrado de la circuncisión. He aquí una noche devotísima y llena de bendiciones. Sube tú al árbol ahora, y apresúrate á dirigir la mirada á la sala; sería lamentable que perdieSES esta ocasión de impregnarte de santidad gracias á las bendiciones de los cheiques de la mezquita.

Cuando Giafar oyó las palabras del Emir de los Creyentes, sintióse indeciso, pero no vaciló mucho tiempo; escaló las ramas, llegó á la altura de la ventana y miró al interior del palacio. Como Harún, vió el grupo de los tres bebedores; el cheique Ibrahim cantaba, llevando el compás con la cabeza; Ali-Nur y Dulce-Amiga mirábanle, escuchábanle y reían con toda el alma.

Giafar se convenció de que había llegado el momento de su ruina. Bajó del árbol y detúvose en presencia del Emir de los Creyentes.

El Califa le dijo:

—¡Oh, Giafar! ¡Bendito sea Alah, pues nos permite seguir fervorosamente las ceremonias exteriores de las purificaciones y nos aleja del ca-

mino perezoso de las tentaciones, y del error y la presencia de los relajados!

Giafar, sumido en hondísima confusión, no acertó á responder una palabra.

El Califa continuó diciendo, sin apartar la mirada de su visir:

—¡Dejemos esto! Quisiera saber quién pudo conducir á este lugar á esos dos jóvenes que parecen extranjeros. En verdad te digo, Giafar, que nunca mis ojos vieron belleza, encantos, agilidad y perfecciones de toda clase como los de esos adolescentes.

Giafar pidió perdón al Califa y éste se lo concedió. Dijo entonces el visir:

—Sin duda ¡oh Califa! estás en lo cierto. Su belleza es única.

—Giafar—dijo el Califa,—subámonos al árbol y continuemos observándoles desde las ramas.

Y, efectivamente, subieron al árbol Harún y su visir, y observaron otra vez lo que ocurría en el Palacio.

Precisamente en aquella sazón el cheique Ibrahim, exclamaba:

—¡Oh, mi soberana, el vino de las colinas me hizo arrojar á lo lejos la estéril gravedad de las costumbres y su monótona fealdad! Pero mi fortuna no será completa hasta que tus dedos hagan vibrar las cuerdas armoniosas de un instrumento.

—¡Por Aláh!—respondió Dulce-Amiga.—¿Cómo pueden vibrar entre mis dedos las cuerdas de un instrumento si carecemos de instrumentos de cuerda?

Levantóse el cheique Ibrahim al oír las palabras de Dulce-Amiga, y dijo el Califa al oído de Giafar:

—¿Qué va á hacer el viejo libertino?

—Lo ignoro—contestó Giafar.

El cheique Ibrahim que se habia ausentado por unos instantes, volvió á la sala con un laud en la mano. El Califa miró atentamente el laud y se dió cuenta de que aquel era precisamente el laud que tocaba de ordinario su cantor favorito Isak, cuando el Califa celebraba una fiesta en el

Palacio ó iba allí sencillamente para holgarse y divertir el ánimo.

—¡Por Aláh! Esta es ya intolerable demasia... A pesar de todo me engolosina la perspectiva de oír el canto de la prodigiosa doncella; y adviérte, Giafar, que si la joven canta mal os haré crucificar á todos, y si canta con gracia y sabiduría perdonaré á los tres relajados y te crucifico á ti solamente.

—¡Aláh mil veces!—exclamó Giafar,—deseo que la joven grazne, maye ó ruja.

—¿Por qué?—preguntó el Califa admirado.

—Sencillamente, porque si nos crucifican á los cuatro haremos tertulia y es probable que me aburra menos.

El Califa sonrió calladamente.

La joven entretanto había tomado el laud y disponía las cuerdas sagazmente. Después de un preludeo muy lejano y suave, hizo vibrar las cuerdas de tal suerte que hubiera alcanzado á fundir el hierro, á despertar los cadáveres y á ablandar el corazón

de la roca y el acero. De pronto, acompañándose, cantó:

Su mirar fulgura
en la noche oscura

Sabiendo que iba á la fuente
de mi amigo, el enemigo
me dijo:—Ya se enturbió
el agua del regocijo.

Su mirar fulgura
en la noche oscura.

Amigo mio, no huyas
al escuchar tales voces,
que tú me debes los besos
y el goce de los amores.

Su mirar fulgura
en la noche oscura.

Dulce-Amiga, después de cantar hizo vibrar el laud sonoro cuyas cuerdas parecían vivientes. Mucho hubo de esforzarse el Califa para no lanzar gritos de arrobamiento y celeste maravilla.

—¡Por Alah, oh Giafar!—acabó por decir.—En mi vida oí una voz tan arrebatadora y seductora como la de esta joven esclava.

Giafar sonrió y dijo:

—Espero que la cólera del Califa contra su sirviente se habrá desvanecido.

—Si, Giafar—respondió el Califa,—háse desvanecido por completo. ¿Qué ira resiste á semejante dulcedumbre?

El Califa y Giafar descendieron del árbol, y dijo Harún:

—Quiero entrar ahora en la sala y sentarme en medio de ellos, y oír á la joven esclava, quien cantará nuevamente para mí.

—¡Oh Emir de los Creyentes!—respondió Giafar.—Si compareces á su presencia, estorbarás su felicidad, y el cheique Ibrahim perecerá indudablemente de terror.

—Pues entonces, Giafar—dijo el Califa,—es necesario que me indiques un procedimiento sutil para conocer exactamente todo lo ocurrido, sin que ellos se enteren y nos reconozcan.

Hablando de esta suerte, y cavilando para combinar una extratagemá, el Califa y Giafar se encaminaron lentamente al gran estanque

situado en el centro del jardín. El estanque comunicaba con el Tigris y contenía un número incalculable de peces que iban á refugiarse á él y á buscar el alimento que se arrojaba allí. El Califa había notado tiempo atrás que los pescadores solían darse cita en el estanque, donde fácilmente se apoderaban de gran cantidad de pescado; este abuso le obligó á ordenar al cheique Ibrahim que no permitiese á los pescadores el ingreso en el jardín y mucho menos la pesca en el estanque, y á encargarle que penase enérgicamente á los transgresores de su mandato.

Pero aquella noche la puerta había quedado abierta, y un pescador entró, diciendo para sí:—¡Buena ocasión es esta! Voy á hacer una pesca soberana.—

El pescador se llamaba Karim, y gozaba de gran popularidad entre los pescadores del Tigris. Echó pues sus redes al agua, y aguardando los peces algún tiempo, se puso á cantar estos versos admirables:

¡Oh, tú que cruzas las aguas
los peligros olvidando!
No te muevas; la fortuna
no viene si la buscamos.

Mira al pescador que aguarda
la suerte, y se desespera,
mientras la noche es hermosa
y el cielo lleno de estrellas.

Tendió la red en el agua,
la red que las ondas mueven;
el pobre no ve ni observa
más que el seno de sus redes.

¡No imites al pescador,
viajero! El hombre rico
de la vida y de la tierra
conoce el valor magnífico.

Goza del día y la noche
y los bienes innúmeros.
Su alma tiene el sosiego,
su boca, todos los frutos.

Despiértase á la mañana
tras la noche de delicias.
De unos ojos de gacela
ha encontrado la sonrisa;
suyos son aquellos ojos
y la mujer que le mira.

¡Gloria al Señor que enriquece
al uno, y humilla al otro!
Uno pesca y otro come.
¡Gloria al Señor poderoso!

Cuando el pescador Karim hubo
terminado su canto, avanzó el Califa
hacia él, permaneció algún tiempo
detrás del pescador, reconociólo y
dijo de pronto:

—¡Karim!

Volvióse Karim aterrizado, al
oír su nombre, y reconoció al Califa
á la luz de la luna. Luego, reponién-
dose un poco, acertó á decir:

—¡Por Alah, oh Emir de los Cre-
yentes, no creas que intente burlar-
me de tu poder; la miseria y una fa-
milia numerosa me han obligado esta
noche á pescar en el estanque!

—Basta, Karim—dijo el Califa,—
por esta vez imaginaré no haber vis-
to nada. Pero ¿te negarás á echar
las redes por mi cuenta? Veamos si
me favorece el destino.

El pescador, loco de alegría, apre-
suróse á echar sus redes al agua
invocando el nombre de Aláh, y
aguardó pacientemente á que las
redes alcanzasen el fondo del agua.
Retirólas y encontró en ellas toda
clase de peces en número asom-
broso.

El Califa observó las redes muy satisfecho y dijo á Karim:

—Ahora, oh Karim, quitate el vestido.

Karim; se apresuró á obedecer al Califa, y dejó en el suelo su vestido de mangas dilatadas, verdadero mosaico de fragmentos multicolores y pedazos de lana de pésima calidad, y su turbante que no había sido desplegado una sola vez durante tres años, y estaba, como el vestido horriblemente sucio y cubierto de pringue.

El Califa empezó también á despojarse de sus vestiduras. Quitóse las vestiduras de seda iskandarani y las vestiduras de seda baalbaki y el mantelete de terciopelo y el chaleco, y dijo al pescador:

—Toma, Karim, estos vestidos y pónelos.

Y el Califa cogió el vestido de mangas dilatadas que había soltado Karim y su turbante, y se los puso, y se anudó alrededor del cuello el pañuelo del pescador.

—Ahora, Karim, puedes irte—dijo el Califa.



Retirólas y encontró en ellas toda clase de peces...

Y el pescador dió las gracias al Califa recitando estos versos:

Ni á tu don has puesto límites
ni á mi gratitud los pongo.
Me has colmado de mercedes,
has vertido tus tesoros.

Mientras viva, de tu gloria
cantaré los atributos;
te seguirán ensalzando
mis huesos en el sepulcro.

Apenas hubo terminado Karim la recitación de de estos versos, el Califa sintió toda la piel invadida por los chinches y piojos que habían elegido por domicilio los harapos del pescador; y el ejército numeroso y vivaz fué circulando activamente á lo largo de su cuerpo. Harun, agitando ambas manos empezó á cautivarlos á puñados sobre la nuca, sobre el pecho, por todas partes, y los echaba á lo lejos horrorizado, con movimientos desordenados y extravagantes.

—¡Oh, Karim miserable!—dijo al pescador—¡cómo pudiste reunir en tus mangas y en tu turbante esta asombrosa variedad de bichos maléficós é intolerables!

—Señor, no temas—respondió Karim.—Confía en mis palabras: hoy te atormentan las picaduras, pero si llevas con paciencia la desazón, dentro de una semana ya no sentirás picadura alguna, y no prestarás la menor atención á tus huéspedes.

El Califa se echó á reír, á pesar de la repugnancia que le infundía su situación; pero al cabo de un instante se dijo:

—¡Desgraciado de mí! ¿Acaso podré continuar llevando este vestido?

—¡Oh, Emir de los Creyentes!—dijo el pescador—quisiera decirte algunas palabras, mas creo que me avergonzaria muchísimo al pronunciarlas.

—Dí lo que te plazca—respondió el Califa—y nada temas.

—He dado en sospechar—dijo Karim,—que quieres aprender el oficio de pescador, mediante el cual podrias ganarte honradamente la vida. Si no me hubiese engañado mi sospecha, Comendador de los Creyentes, te aconsejo que continúes llevando el vestido y el turbante,

que por lo holgados y sencillos sirven admirablemente para el oficio.

El Califa rió desmesuradamente y despidió á Karim.

Fuése Karim, y el Califa se apresuró á tomar la canasta de hojas de palmito que contenia la pesca... Cubrió esmeradamente el pescado con hierba fresca, y llevando su paquete fué en busca de Giafar y Masrur, quienes le aguardaban á cierta distancia.

Giafar y Masrur, al verle, sospecharon que era Karim el pescador, y Giafar, temiendo que la ira del Califa cayese sobre la cabeza del buen hombre, le dijo:

—¡Oh, Karim! ¿Qué vienes á hacer en tales parajes? Pon al instante pies en polvorosa; el Califa anda por el jardín esta noche.

Cuando el Califa oyó las palabras de Giafar lanzó una careajada tan estrepitosa que casi le tumbó por el suelo.

—¡Por Alah!—exclamó Giafar—este es nuestro Soberano y Señor, el Emir de los Creyentes.

—Sí, Giafar, lo soy, y tu eres mi gran visir; vine contigo al jardín y no me reconoces ya. ¿Cómo ha de reconocerme pues el cheique Ibrahim que está borracho perdido? No te muevas, y espera mi regreso.

Y Giafar dijo:

—¡Escucho y obedezco!

El Califa avanzó hacia la puerta del palacio, y la golpeó.